

chas y grandes ciénagas, que de seis ó siete leguas que habia de camino hasta él no hubo una donde no fuesen los caballos hasta encima de las rodillas, y muchas veces hasta las orejas; en especial se pasó una muy mala, donde se hizo una puente, donde estuvieron muy cerca de se ahogar dos ó tres españoles; y con este trabajo, pasados dos dias, llegamos al dicho pueblo, el cual asimismo hallamos quemado y despoblado, que fué doblarnos nuestros trabajos. Hallamos en él alguna fruta de la tierra y algunos maizales verdes, algo mas grandes que en el pueblo de atrás. Tambien se hallaron en algunas de las casas quemadas silos de maíz seco, aunque fué poco; pero fué harto remedio, segun traíamos extrema necesidad.

En este pueblo de Tepetitan, que está junto á la halda de una gran cordillera de sierras, estuve seis dias, y se hicieron algunas entradas por la tierra, pensando hallar alguna gente para les hablar y dejar seguros en su pueblo, y aun para me informar del camino de adelante, y nunca se pudo tomar sino un hombre y ciertas mujeres. Destos supe que el señor y naturales de aquel pueblo habian quemado sus casas por inducimiento de los naturales de Çagoatan, y se habian ido á los montes. Dijo que no sabia camino para ir á Iztapan, que es otro pueblo adonde, segun mi figura, yo lo habia de llevar, porque no lo habia por tierra; pero que poco mas ó menos él guiaría hácia la parte que él sabia que estaba.

Con esta guia despaché hasta treinta de caballo y otros treinta peones, y mandéles que fuesen hasta llegar al dicho pueblo y que luego me escribiesen la relacion del camino, porque yo no saldria de aquel pueblo hasta ver su cartas. Y así fueron; y pasados dos dias sin haber recibido carta suya ni saber dellos nueva, me fué forzado partirme por la necesidad que allí teníamos, y seguir su rastro sin otro guia, que era asaz notorio camino seguir el rastro que llevaban por las ciénagas, que certifico á V. M. que en lo mas alto de los cerros se sumian los caballos hasta las cinchas sin ir nadie encima, sino llevándolos del diestro; y desta manera anduve dos dias por el dicho rastro, sin haber nuevas de la gente que habia ido delante, y con harta perpejidad de lo que debia hacer; porque volver atrás tenia por imposible; de lo de adelante ninguna certinidad tenia. Quiso Nuestro Señor, que en las mayores

necesidades suele socorrer, que estando aposentados en un campo con harta tristeza de la gente, pensando allí todos perecer sin remedio, llegaron dos indios de los naturales desta ciudad con una carta de los españoles que habian ido delante, en que estos me hacian saber cómo habian llegado al pueblo de Iztapan, y que cuando á él llegaron tenian sus los naturales ya mujeres y haciendas de la otra parte de un gran rio que junto con el dicho pueblo pasaba, y en el pueblo estaban muchos hombres creyendo que los españoles no podrian pasar un grande estero que estaba afuera del pueblo; y que como vieron que se habian echado á nado con los caballos por aquel estero, comenzaron á poner fuego al pueblo, pero que ellos se habia dado tanta priesa, que no les habian dado lugar á que del todo lo quemasen; y que toda la gente se habia echado al rio, y pasádole en muchas canoas que tenian y á nado; y que con la priesa se habian ahogado muchos dellos, y que habian tomado siete ó ocho personas, entre los cuales habia una que parecia principal, y que los tenian hasta que yo llegase.

Fué tanta el alegría que toda la gente tuvo con esta carta, que no lo sabia decir á V. M.; porque, como arriba he dicho, estaban todos casi desesperados de remedio. Y otro dia por la mañana seguí mi camino por el rastro, y guiándome los indios que habian traído la carta, llegué ya tarde al pueblo, donde hallé toda la gente que habia ido delante muy alegre, porque habian hallado muchos maizales, aunque no muy grandes, y yucas y agies¹, que es un mantenimiento con que los naturales de las islas se mantienen, asaz bueno. Llegado, hice traer ante mí aquellas personas naturales del pueblo que allí se habian tomado; preguntéles con la lengua cuál era la causa por que así todos quemaban sus propias casas y pueblos, y se iban y ausentaban dellos, pues yo no les hacia mal ni daño alguno, antes á los que me esperaban les daba de lo que yo tenia. Respondiéronme que el señor de Çagoatan habia venido allí en una canoa, y les habia puesto mucho temor, y les habia hecho quemar su pueblo y desamparalle. Yo hice traer ante aquel principal todos los indios y indias que se habian tomado en Çagoatan y en Chilapan y en Tepetitan, y les dije que porque viesen cómo aquel malo les habia mentido, que se informasen de aquellos si yo

¹ Especie de pimienta muy picante parecido á nuestra guindilla.

les habia hecho algun daño ó mal, y si en mi compañía habian sido bien tratados; los cuales se informaron, y después lloraban diciendo habian sido engañados, y mostrando pesarles de lo hecho, y para mas los asegurar, les dí licencia á todos aquellos indios y indias que traia de aquellos pueblos atrás que se fuesen á sus casas, y les dí algunas cosillas y sendas cartas que traia de aquellos pueblos atrás, las cuales les mandé que tuviesen en sus pueblos y las mostrasen á los españoles que por allí pasasen, porque con ellas estarian seguros; y les dije que dijese á sus señores el yerro que habian hecho en quemar sus pueblos y casas y ausentarse, y que de allí adelante no lo hiciesen así; antes estuviesen seguros en ellos, porque no les sería hecho mal ni daño. Y con esto, viéndolo estotros de Iztapan, se fueron muy seguros y contentos, que fué harta parte de asegurarse estotros de aquí.

Después de haber hecho esto hablé á aquel que parecia mas principal, y le dije que ya veía que no hacia yo mal á nadie, y mi ida por aquellas partes no era á los ofender, antes á les hacer saber muchas cosas que les convenian á ellos, así para la seguridad de sus personas y haciendas, como para la salvacion de sus ánimas. Por tanto que le rogaba mucho que él enviase dos ó tres de aquellos que allí estaban con él, y que yo le daría otros tantos de los naturales de Tenuxtitan, para que fuesen á llamar al señor,

le dijese que ningun miedo hobiese, y que tuviese por cierto que en su venida ganaria mucho; el cual me dijo que le placia de buena voluntad, y luego los despaché y fueron con ellos algunos indios de Méjico. Y otra dia por la mañana vinieron los mensajeros, y con ellos el señor con hasta cuarenta hombres, y me dijo que él se habia ausentado y mandado quemar su pueblo porque el señor de Çagoatan le habia dicho que lo quemase y no me esperase, porque los mataria á todos; y que él habia sabido de aquellos suyos que le habian ido á llamar, que habia sido engañado y que no le habian dicho la verdad; y que le pesaba de lo hecho, y me rogaba le perdonase, y que de allí adelante él haria lo que yo le dijese; y rogóme que ciertas mujeres que le habian tomado los españoles al tiempo que allí habian venido, que se las hiciese volver; y luego se recogieron hasta veinte que habia, y se las dí, de lo que quedó muy contento. Y ofrecióse que un español halló un indio de los que traia en su compañía, natural destas

partes de Méjico, comiendo un pedazo de carne de un indio que mataron en aquel pueblo cuando entraron en él, y vínomolo á decir, y en presencia de aquel señor le hice quemar, dándole á entender al dicho señor la causa de aquella justicia, que era porque habia muerto aquel indio y comido dél, lo cual era defendido por V. M. y por mí en su real nombre les habia sido requerido y mandado que no lo hiciesen; y que así, por le haber muerto y comido dél le mandaba quemar, porque yo no queria que matasen á nadie; antes iba por mandado de V. M. á ampararlos y defenderlos, así sus personas como sus haciendas, y hacerles saber cómo habian de tener y adorar un solo Dios, que está en los cielos, criador y hacedor de todas las cosas, por quien todas las criaturas viven y se gobiernan, y dejar todos sus ídolos y ritos que hasta allí habian tenido, porque eran mentiras y engaños que el diablo, enemigo de la naturelaza humana, les hacia para los engañar y llevarles á condenacion perpetua, donde ternían muy grandes y espantosos tormentos, y por los apartar del conocimiento de Dios, porque no se salvaran y fuesen á gozar de la gloria y bienaventuranza que Dios prometió y tiene aparejada á los que en él creyeren; la cual el diablo perdió por su malicia y maldad; y que asimismo les venia á hacer saber cómo en la tierra está V. M., á quien el universo por providencia divina obedece y sirve; y que ellos asimismo se habian de someter y estar debajo de su imperial yugo, y hacer lo que en su real nombre los que acá por ministros de V. M. estamos, les mandásemos; y haciéndolo así, ellos serian muy bien tratados y mantenidos en justicia, y amparadas sus personas y haciendas; y no lo haciendo así, se procedería contra ellos y serian castigados conforme á justicia. Y acerca desto le dije muchas cosas de que á V. M. no hago mencion por ser prolijas y largas, y á todo mostró mucho contentamiento, y proveyó luego de enviar algunos de los que con él trajo para que trajesen bastimentos, y así se hizo. Yo le dí algunas cosillas de las de nuestra España, que tuvo en mucho, y estuvo en mi compañía muy contento todo el tiempo que allí estuve, y mandó abrir el camino hasta otro pueblo que está cinco leguas deste, el rio arriba, que se llama Tatahuitapan; y porque en el camino habia un rio hondo, hizo hacer en él una muy buena puente, por donde pasamos, y adobar otras ciénagas harto malas, y me dió tres canoas, en que

envié tres españoles el río abajo al río de Tabasco, porque este es el principal río que en él entra, donde los caravelones habian de esperar la instruccion de lo que habian de hacer; y con estos españoles envié á mandar que siguiesen toda la costa hasta doblar la punta que llaman de Yucatan, y que llegasen hasta la bahía de la Asuncion, porque allí me hallarian ó les enviaria á mandar lo que habian de hacer; y mandé á los españoles que fueron en las canoas, que con ellas y con las que mas pudiesen haber en Tabasco y Xicalango, me llevasen los mas bastimentos que pudiesen por un gran estero arriba, y pasé á la provincia de Acalan, que está deste pueblo de Iztapan cuarenta leguas, y que allí los esperaria. Partidos estos españoles y hecho el camino, rogué al señor de Iztapan que me diese otras tres ó cuatro canoas para que fuesen el río arriba con media docena de españoles y una persona principal de las suyas con alguna gente, para que fuesen adelante apaciguando los pueblos, porque no se ausentasen ni los quemasen; el cual lo hizo con muestras de buena voluntad, é hicieron asaz fruto, porque apaciguaron cuatro ó cinco pueblos el río arriba, segun adelante haré dello á V. M. relacion. Este pueblo de Iztapan es muy grande cosa y está asentado en la ribera de un muy hermoso río; tiene muy buen asiento para poblar en él españoles; tiene muy hermosa ribera donde hay buenos pastos; tiene muy buenas tierras de labranzas; tiene buena comarca de tierra poblada.

Después de haber estado en este pueblo de Iztapan ocho dias, y proveido lo contenido en el capítulo antes deste, me partí y llegué aquel día al pueblo de Tatahuitapan, que es un pueblo pequeño, y hallélo quemado y sin ninguna gente; y llegué yo primero que las canoas que venian el río arriba, porque con las corrientes y grandes vueltas que el río hace no llegaron tan aína; y después de venidas, hice pasar con ellas cierta gente de la otra parte del río, para que buscasen los naturales del dicho pueblo, para los asegurar como á los de atrás; y obra de media legua de la otra parte del río hallaron hasta veinte hombres en una casa de sus ídolos, que los tenian muy adornados, los cuales me trajeron, y informados dellos, me dijeron que toda la gente se habia ausentado de miedo, y que ellos habian quedado allí para morir con sus dioses, y no habian querido huir; y estando con ellos en esta plática, pasaron ciertos indios de los nuestros, que tenian ciertas

cosas que habian quitado á sus ídolos; y cómo las vieron los del pueblo, dijeron que ya eran muertos sus dioses; y á esto les hablé, diciéndoles que mirasen cuán vana y loca creencia era la suya, pues creian que les podian dar bienes quien así no se podia defender y tan ligeramente veían desbaratar; respondiéronme que en aquella seta los dejaron sus padres, y que aquella tenian y ternian hasta que otra cosa supiesen. No pude por la brevedad del tiempo darles á entender mas de lo que dije á los de Iztapan, y dos religiosos de la orden de San Francisco que en mi compañía iban, les dijeron asimismo muchas cosas acerca desto. Roguéles que fuesen algunos dellos á llamar la gente del pueblo y al señor y aseguralla; y aquel principal que truje de Iztapan ansimismo les habló y dijo las buenas obras que de mí habian recibido en el pueblo, y señalaron uno dellos, y dijeron que aquel era el señor, y envió dos á que llamasen la gente, los cuales nunca vinieron.

Viendo que non venian, rogué á aquel que habian dicho que era el señor que me mostrase el camino para ir á Çagoatespan¹, porque por allí habia de pasar, segun mi figura, y está en este río arriba; dijéronme que ellos no sabian camino por tierra, sino por el río, porque por allí se servian todos; pero que á tino me llevarian por aquellos montes, que no sabian si acertarian. Díjeles que me mostrasen desde allí el paraje en que estaba, y marquélo lo mejor que pude, y mandé á los españoles, que estaban con las canoas con el principal de Iztapan que se fuesen el río arriba hasta el dicho pueblo de Çagoatespan y que trabajasen de asegurar la gente dél y de otro que habian de topar antes, que se llamaba Ozumazintlan, y que si yo llegase primero los esperaria, y que si no, que ellos me esperasen; y despachados estos, me partí yo con aquellas guias por la tierra, y en saliendo del pueblo dí en una muy gran ciénaga, que duró mas de media legua, y con mucha rama y yerba que los indios nuestros amigos en ella echaron, pudimos pasar, y luego dimos en un estero hondo, donde fué necesario hacer una puente por donde pasase el fardaje y las sillas, y los caballos pasaron á nado; y pasado este estero, dimos en otra medio ciénaga, que duró bien una legua que nunca abajó á

¹ La copia de Viena : Zaguatapan; en otras Siguatecpan; quizá sea el mismo pueblo que Bernal Diaz (fol. 198, vº) llama *Ciguatpecad*.

los caballos de la rodilla abajo, y muchas veces de las cinchas; pero con ser algo tiesta debajo, pasamos sin peligro hasta llegar al monte, por el cual anduve dos días abriendo camino por donde señalaban aquellas guías, hasta tanto que dijeron que iban desatinados, que no sabian adónde iban; y era la montaña de tal calidad, que no se via otra cosa sino donde poniamos los piés en el suelo, ó mirando hácia arriba, la claridad del cielo; tanta era la espesura y alteza de los árboles, que aunque se subian en algunos, no podian descubrir un tiro de cañon.

Como los que iban delante con las guías abriendo el camino me enviaron á decir que andaban desatinados, que no sabian dónde estaban, hice parar la gente, y pasé yo á pié adelante, hasta llegar á ellos; y cómo ví el desatino que tenian, hice volver la gente atras á una cienaguilla que habiamos pasado, adonde por causa del agua habia alguna poca de yerba que comiesen los caballos, que habia dos dias que no la comian ni otra cosa, y allí estuvimos aquella noche con harto trabajo de hambre, y poníanoslo mayor la poca esperanza que teniamos de acertar á poblado: tanto, que la gente estaba casi fuera de toda esperanza, y mas muertos que vivos. Hice sacar una aguja de marear que traia conmigo, por donde muchas veces me guiaba, aunque nunca nos habiamos visto en tan extrema necesidad como esta; y por ella, acordándome del paraje en que habian señalado los indios que estaba el pueblo, hallé por cuenta que corriendo al nordeste desde allí donde estábamos saliamos á dar al pueblo y muy cerca dél, y mandé á los que iban delante abriendo el camino que llevasen aquel aguja consigo y siguiesen aquel rumbo, sin se apartar dél, y así lo hicieron; y quiso Nuestro Señor que salieron tan ciertos, que á hora de vísperas fueron á dar medio á medio de unas casas de sus ídolos, que estaban en medio del pueblo, de que toda la gente hobo tanta alegría, que casi desatinados corrieron todos al pueblo, y no mirando una gran ciénaga que estaba antes que en él entrasen, se sumieron en ella muchos caballos, que algunos dellos no salieron hasta otro dia, aunque quiso Dios que ninguno peligró; y los que veniamos atrás desecamos la ciénaga por otra parte, aunque no se pasó sin harto trabajo.

Aquel pueblo de Çagoatepan hallamos quemado hasta las mezquitas y casas de sus ídolos, y no hallamos en él gente ninguna,

ni nueva de las canoas que habian venido el rio arriba. Hallóse en él mucho maíz, mucho mas granado que lo de atrás, y yuca y agies y buenos pastos para los caballos; porque en la ribera del rio, que es muy hermosa, habia muy buena yerba, y con este refrigerio se olvidó algo del trabajo pasado, aunque yo tuve siempre mucha pena por no saber de las canoas que habia enviado el rio arriba; y andando mirando el pueblo, hallé yo una saeta hincada en el suelo, donde conocí que las canoas habian llegado allí, porque todos los que venian en ellas eran ballesteros, y dióme mas pena creyendo que allí habian peleado con ellos, y habian muerto, pues no parecian; y en unas canoas pequeñas que por allí se hallaron, hice pasar de la otra parte del rio, donde hallaron mucha copia de gente y labranzas, y andando por ellas, fueron á dar á una gran laguna, donde hallaron toda la gente del pueblo en canoas y en isletas; y en viendo á los cristianos, se vinieron á ellos muy seguros, y sin entender lo que decian me trujeron hasta treinta ó cuarenta dellos; los cuales, después de haberles hablado, me dijeron que ellos habian quemado su pueblo por inducimiento de aquel señor de Çagoatan, y se habian ido dél á aquellas lagunas por el temor que él les puso, y que después habian venido por allí ciertos cristianos de los de mi compañía en unas canoas, y con ellos algunos de los naturales de Iztapan; de los cuales habian sabido el buen tratamiento que yo á todos hacia, y que por eso se habian asegurado, y que los cristianos habian estado allí dos dias esperándome, y como no venia, se habian ido el rio arriba á otro pueblo que se llama Petenecte, y que con ellos se habia ido un hermano del señor de aquel pueblo, con cuatro canoas cargadas de gente, para si en el otro pueblo les quisiesen hacer algun daño, ayudarlos, y que les habian dado mucho bastimento y todo lo que hobieron menester. Holgué mucho desta nueva y díles crédito, por ver que se habian asegurado tanto y habian venido á mí de tan buena voluntad, y roguéles que luego hiciesen venir una canoa con gente que fuese en busca de aquellos españoles, y que les llevasen una carta mia para que se volviesen luego allí, los cuales lo hicieron con harta diligencia; y yo les dí una carta mia para los españoles, y otro dia á hora de vísperas vinieron, y con ellos aquella gente del pueblo que habian llevado, y mas otras cuatro canoas cargadas de gente y bastimentos del pueblo de

donde venian, y dijéronme lo que habian pasado el rio arriba después que de mí se habian apartado, que fué que llegaron á aquel pueblo que estaba antes deste, que se llama Uzumazintlan¹, que le habian hallado quemado, y la gente dél ausentada, y que en llegando á ellos los de Iztapan que con ellos traian, los habian buscado y llamado, y habian venido muchos dellos muy seguros, y les habian dado bastimentos y todo lo que les pidieron, y así los habian dejado en su pueblo, y después habian llegado á aquel de Çagoatezpan, y que asimismo le habian hallado despoblado y la gente de la otra parte del rio; y que como les habian hablado los de Iztapan, se habian todos alegrado y les habian hecho muy buen acogimiento y dado muy cumplidamente lo que hobieron menester; y me habian esperado allí dos dias, y cómo no vine, creyendo que habria salido mas alto, pues tanto tardaba, habian seguido adelante, y se habian ido con ellos aquella gente del pueblo y aquel hermano del señor hasta el otro pueblo de Petenecte, que está de allí seis leguas, y que asimismo le habian hallado despoblado, aunque no quemado, y la gente de la otra parte del rio, y que los de Iztapan y los de aquel pueblo los habian asegurado, y se venian con ellos aquella gente en cuatro canoas á verme, y me traian maíz y miel y cacao y un poco de oro; y que ellos habian enviado mensajeros á otros tres pueblos que les dijeron que están el rio arriba, y se llaman Cozacacoaleo y Taltenango y Teutitan², y que creian que otro dia vernian allí á hablarme; y así fué que otro dia vinieron por el rio abajo hasta siete ó ocho canoas, en que venia gente de todos aquellos pueblos, y me trajeron algunas cosas de bastimentos y un poquito de oro. A los unos y á los otros hablé muy largamente por hacerles entender que habian de creer en Dios y servir á V. M., y todos ellos se ofrecieron por súbditos y vasallos de V. A., y prometieron en todo tiempo hacer lo que les fuese mandado, y los de aquel pueblo de Çagoatezpan trujeron luego algunos de sus ídolos, y en mi presencia los quebraron y quemaron, y vino allí el señor principal del pueblo, que hasta entonces no habia venido, y me trujo un poquito de oro, y les di de lo que tenia á todos; de lo que quedaron muy contentos y seguros.

¹ En otras copias Imacintlan.

² En la copia de la Academia « Caltanzingo y Tautitan »; en otra « Tabsenango. »

Entre estos hubo alguna diferencia, preguntándoles yo por el camino que habia de llevar para Acalan; porque los de aquel pueblo de Çagoatezpan decian que mi camino era por los pueblos que estaban el rio arriba, y aun antes que estotros viniesen habian hecho abrir seis leguas de camino por tierra y hecho una puente en un rio por do pasásemos; y venidos estotros, dijeron que era muy gran rodeo y de muy mala tierra y despoblada, y que el derecho camino que yo habia de llevar para Acalan era pasar el rio por aquel pueblo, que por allí habia una senda que solian traer los mercaderes, por donde ellos me guiarían hasta Acalan. Finalmente, se averiguó entre ellos ser este el mejor camino, y yo habia enviado delante un español con gente de los naturales de aquel pueblo de Çagoatezpan, en una canoa por el agua, á la provincia de Acalan, á les hacer saber cómo yo iba, y que se asegurasen y no tuviesen temor, y para que supiesen si los españoles que habian de ir con los bastimentos desde los bergantines eran llegados; y después envié otros cuatro españoles por tierra, con guias de aquellos que decian saber el camino, para que le viesen y me informasen si habia algun impedimento ó dificultad en él, y que allí esperaria su respuesta. Idos, fuéme forzado partirme antes que me escribiesen, porque no se me acabasen los bastimentos que estaban recogidos para el camino, porque me decian que habia cinco ó seis dias de despoblado. Comencé, pues, á pasar el rio con mucho aparejo de canoas que habia, y por ser tan ancho y corriente se pasó con harto trabajo, y se ahogó un caballo y se perdieron algunas cosas del fardaje de los españoles. Pasado este rio, envié delante una compañía de peones con las guias para que abriesen el camino, y yo con la otra gente me fuí detrás dellos; y después de haber andado tres dias por unas montañas harto espesas por una vereda bien angosta fuí á dar á un gran estero, que tenia de ancho mas de quinientos pasos, y trabajé de buscar paso por él abajo y arriba, y nunca le hallé y las guias me dijeron que era por demás buscarle si no subia veinte dias de camino hasta las sierras.

Púsome en tanto estrecho este estero ó ancon que seria imposible, poderlo significar, porque pasar por él parecia imposible, á causa de ser tan grande y no tener canoas en que pasarlo, y aunque las tuviéramos para el fardaje y gente, los ca-